

PRIMERA PARTE

SIGUIENDO RASTROS

(Inglaterra)

RASTROS



Todo lo que existe se afana en escribir su propia historia. No ya sólo una huella en la nieve o sobre la tierra, sino marcas de una grafía más duradera, la evidencia de su tránsito. La tierra está plagada de alusiones y de rúbricas; cada objeto, cubierto de signos. Esta representación del propio ser es incesante en la naturaleza, y su relato es la impronta de su sello.

RALPH WALDO EMERSON (1850)

Dos días antes del solsticio de invierno, punto de inflexión del ciclo natural del año. Durante aquella fría jornada, la ciudad y la campiña que la rodea se mantuvieron estáticas, expectantes. Cinco grados bajo cero, la tierra dura como un puño apretado. Nubes cuajadas de nieve no se decidían a liberar su carga. Aceras convertidas en pistas de patinaje y placas de hielo en el asfalto obligaron a mantener cerradas las escuelas en los barrios de la periferia, a la gente a permanecer en sus casas. En el cielo el sol dibujaba un tímido arco que apenas se asomaba sobre el horizonte. Por fin, justo antes del ocaso, la nieve comenzó a caer, y lo hizo sin interrupción durante cinco horas, acumulándose hasta unos quince centímetros en total.

Aquella tarde yo intentaba trabajar sentado a mi mesa, pero el tiempo, afuera, me impedía concentrarme. Una y otra vez me levantaba y me acercaba a la ventana. La nieve penetraba el cono de luz anaranjado que proyectaba una farola; los gruesos copos refulgían como centellas en una fragua.

Sobre las ocho dejó de nevar. Una hora después –acompañado de una petaca de whisky para combatir el frío– salí a dar un paseo. Durante unos ochocientos metros caminé por oscuras callejuelas de extrarradio donde la nieve permanecía aún limpia y sin hollar. Luego las viviendas se tornaron más dispersas. Algunas cortinas recorridas: escenas familiares vespertinas, el chisporroteo de luces y sombras de los televisores. Un lingote de gélido acero dentro de la nariz. Docenas de estrellas en el cielo y la luna inundándolo todo de luz plateada.

Al llegar al extremo sur del suburbio hay una última farola junto a un seto de majuelos. Justo a su lado, por un hueco en el seto, se accede a una pequeña vereda que conduce en dirección este-sudeste hasta un promontorio alargado de suelo calizo. Tomé esa senda. En la oscuridad de la noche, la loma se alzaba sobre el horizonte como la espalda de una ballena. El resplandor de la ciudad y el parpadeo carmesí de las balizas de señalización de torres y grúas iban quedando al norte. La nieve recién caída crujía al ser pisada. A mi derecha cruzó trotando un zorro. A la brillante luz de la luna todo proyectaba nítidas sombras, negras sobre blanco puro, como labradas por un troquel: varas de cornizo revestían al sendero con piel de cebra; los majuelos dibujaban celosías. Los árboles soportaban en sus ramas, grandes y pequeñas, dos o tres centímetros de nieve. La nieve lo sobredimensionaba todo y la luna, además, lo duplicaba.

Seguramente ésta sea la caminata que más veces he hecho en mi vida. La vereda es reciente; puede que tenga unos cincuenta años, no más. El seto que la flanquea por el este está formado principalmente por majuelos, y tiene unos dos metros y medio de altura; al oeste hay otro más joven compuesto por endrinos, majuelos, avellanos y cornizos. En términos generales no puede decirse que sea un sendero especialmente bello pero, protegido por setos a ambos lados, avanzando discreto entre los campos, cerca de la carretera, tiene un aire misterioso que me agrada. En verano suelo observar juguetonas nubes de jilgueros que despegan como en un remolino de las cardonchas para posarse un poco más adelante, marcando las distancias conmigo.

Aquella noche el sendero era un callejón nevado y gris. Lo seguí hasta el hayedo que corona el dorso de la ballena, donde la tierra arcillosa deja paso a la caliza. Al llegar a la otra orilla del bosque me agaché para cruzar por un hueco entre la hiedra, y me adentré en los cuarenta acres de campiña que se ocultan detrás.

A primera vista su aspecto era immaculado: parecía una sólida placa de hielo flotante. Pero en cuanto eché a andar comencé a ver señales. La nieve estaba cubierta de huellas de pájaros y de otros animales, vestigios de los cientos de trayectos realizados sobre ella desde que dejó de caer. Encontré pisadas de ciervo perfectamente definidas, huellas de perdiz en forma de punta de flecha (que parecían indicarme la dirección que seguir) y las marcas de almohadillas de conejos. Los rastros serpenteaban hasta desaparecer en la oscuridad o perderse en la maleza. La luna aumentaba el volumen de las sombras; hacía que las huellas más próximas semejaran tinteros llenos hasta el borde. Añadí mis propias marcas a todas aquéllas.

La profusión de signos –cada rastro un relato susceptible de ser leído del revés, un catálogo de alusiones a sucesos extintos– era abrumadora. Encontré las pisadas de un zorro, levemente cepilladas aquí y allá por el pincel de su cola, como para intentar borrar la evidencia de su paso. Descubrí lo que supuse que eran las marcas de un faisán al levantar el vuelo: profundas holladuras en el lugar del impulso, y después las señales paralelas de las puntas de sus alas, acariciando la nieve de forma cada vez más tenue hasta desaparecer.

Elegí seguir las huellas de un ciervo, que giraban bruscamente en medio de un claro. Su rastro me llevó hasta un matorral de endrinos, que atravesé como pude para emerger a un paisaje irreal.

Hacia el norte el terreno descendía suavemente durante unos ciento cincuenta metros. Hacia el sur unas voluminosas colinas blancas rodeaban lo que parecía un pequeño y pulcro lago con una bandera en el centro. Podía distinguir bosquecillos de hayas y pequeños sotos de coníferas, subidas y bajadas repentinas del terreno, redondeadas lomas y profundas vaguadas.

Me acerqué hasta el lago y caminé por su superficie. Luego me senté junto a la bandera y eché un trago a la petaca de whisky. Desierto de jugadores en medio de la noche, y desfigurado por la nevada y la luz de la luna, el club de golf más exclusivo de la zona se había transformado en un insólito espacio rural. Abandoné el *green* musitando insinceras disculpas a los miembros del club, y me dispuse a explorar las calles. Las recorrí una tras otra, siempre por el centro, acompañado por mi sombra imperturbable. En los *bunkers* la nieve me llegaba hasta las pantorrillas; tenía la sensación de estar pisando harina. En el *green* del hoyo 5 me tumbé a admirar la pausada rotación del cielo estrellado.

La mayoría de las marcas que encontré en el campo de golf eran de conejo. Quien haya visto alguna vez huellas de conejo sobre la nieve, sabrá que se asemejan a esas modernas caretas de fantasma tan populares por Halloween, o a la cara de *El grito* de Edvard Munch: las dos patas traseras se sitúan una junto a la otra, como unos ojos alargados; las delanteras, debajo, se disponen más cercanas a un supuesto eje central pero en planos ligeramente distintos, formando lo que serían la nariz y una boca ovalada. Millares de dichas caras me observaban desde la nieve.

De cuando en cuando, las luces de los coches que pasaban por la carretera situada al oeste proyectaban sobre el campo amarillos túneles de luz. En la calle del hoyo 12 vi algo grande y oscuro que cruzó con premura desde un árbol hasta el refugio de unos matorrales; me pareció un lobo, aunque lo más probable es que fuera un zorro o un ciervo. Suficiente para que un ridículo escalofrío de miedo me corriera por las manos.

Al llegar a los límites del campo seguí nuevos rastros de conejos que atravesaban otro seto de endrinos, y accedí así a la calzada romana, que en ese lugar se extiende durante varios kilómetros por encima de pequeños cerros calcáreos. Presentaba un aspecto esplendoroso bajo la nieve: una nítida línea blanca, que se alejaba hasta donde se perdía la vista en ambas direcciones. Escogí la sudeste. A ambos lados de los setos que custodian la calzada, por entre los pequeños huecos del ramaje, podían verse extensos campos, que reflejaban la luz de la luna cual enormes sábanas de tul. Un ave, al sacudirse las plumas en lo alto de un fresno, derramó briznas de nieve que cruzaron el aire como motitas de polvo que flotaran en un negativo fotográfico.

Las distancias parecían alargarse extrañamente, o tal vez era el tiempo el que se comprimía. Al llegar a un punto que reconocí, en el que la calzada se cruza con una amplia avenida de hayas, sentí que había caminado durante horas y recorrido muchos kilómetros. Tomé este nuevo camino, y poco después me encontré rodeando las excavaciones de un gran castro de la Edad del Hierro. Más tarde crucé una carretera, y por fin aparecí en un extenso prado que se prolonga hasta la cima de una loma calcárea, y cuyo punto más elevado flota unos ochenta metros por encima del nivel del mar. Árboles carbonizados, sabor a estaño en la boca.

Me senté otra vez en la nieve justo en la cima, bajo la luz de la luna, cerca de los restos de un túmulo de la Edad del Bronce, y eché otro trago de whisky. Me giré para mirar mis propias marcas, las huellas que yo mismo había dejado hasta llegar a aquel punto. Docenas más de rastros se perdían de vista colina abajo, hacia el noreste. Escogí uno de ellos y lo seguí, sin más, por ver adónde llevaba.